

ASOCIACIÓN BELENISTA DE OVIEDO

PREGÓN 2018

Quiero comenzar este pregón mostrando mi gratitud a los miembros y a la junta directiva de la Asociación Belenista de Oviedo por dos razones de peso. Por un lado, me brindan la oportunidad de reflexionar sobre uno de los misterios que más me han emocionado a lo largo de mi vida, desde la ya lejana y feliz niñez hasta los años de senectud en los que vivo. Por otro, me permiten estar hoy en el lugar que otras personas de alta calidad científica y humana ocuparon en años anteriores, algunas de ellos ilustres maestros míos en la Universidad, así como otros eximios representantes del mundo de la Iglesia, del Periodismo, de la Medicina, de la Literatura, del Arte o de la Empresa.

Es de estricta justicia rendir homenaje a los belenistas ovetenses, que desde el año 1988 vienen desarrollando, según sus propias palabras, numerosas y diversas “actividades de tipo artístico, cultural, folklórico y religioso, bien conocidas en nuestra ciudad, relacionadas con las tradicionales fiestas navideñas”. La Asociación, juntamente con el Ayuntamiento, publica asimismo un boletín anual, *Navidad con Belén*, que es el decano de las revistas de las asociaciones asturianas de belenistas.

No voy a cometer la impertinencia de contarles a ustedes la historia de los belenes, que conocen mejor que yo, pero sí me van

a permitir hacer alguna alusión a las representaciones de la Navidad y de la Epifanía en el arte europeo y una breve aproximación y ciertas consideraciones sobre el ciclo histórico de los belenes, de los pesebres, de los nacimientos. Y lo voy a hacer desde un prisma muy personal fijándome en obras que a lo largo de los años me han provocado algún sentimiento especial o alguna impresión particular en mis numerosas y frecuentes visitas a grandes y pequeños museos, a iglesia y monasterios.

Sin duda, las obras que representan la iconografía navideña se cuentan entre las más reproducidas artísticamente en los últimos dos mil años y lo hacen en múltiples manifestaciones: desde pinturas o esculturas, hasta miniaturas o grabados. Siempre pensamos en las grandes obras pictóricas que realizan a partir del Renacimiento los más excelsos artistas conocidos. Pero, si bien eso es cierto en lo fundamental, no lo es menos que representaciones de la Natividad del Señor o de la Epifanía ya se pueden ver, aunque forma un tanto encubierta, desde los primeros siglos del cristianismo hasta que en el siglo X la liturgia católica se encargó de celebrar y difundir la Natividad la noche del 24 de diciembre de una manera definitiva y continuada. Pero la Navidad se celebraba con fervor y devoción desde los primeros años del cristianismo. Como en tantos otros aspectos de la sentida religiosidad de los primitivos cristianos, también encontramos elocuentes testimonios de la iconografía de la Navidad en las catacumbas romanas. En una de las paredes de Santa Priscila

vemos a una Virgen con el Niño, hecha en el siglo II, y entre los siglos III y IV nos encontramos con una de las primeras representaciones de la adoración de los magos en las catacumbas de San Sebastián, siendo cuatro los reyes en vez de los tres que señala la tradición. Y por seguir con estas manifestaciones tempranas no está de más recordar que en el interior de la iglesia de Santa María la Mayor de Roma se construye en el siglo VII un oratorio que reproduce la cueva de Belén.

Todos los artistas, grandes o mediocres, señaladamente los pintores de los países europeos se ocupan de la Natividad del Señor y algunas de estas creaciones figuran entre las indiscutibles obras maestras de la pintura universal. Cuadros tan luminosos y sugerentes como la *Natività mistica* de Sandro Botticelli, conservada en la National Gallery de Londres, la *Madonna con il Bambino* de Mantegna, de la Accademia Carrara de Bérgamo, la deliciosa tabla *La Natividad* del pintor toledano Juan Correa de Vivar, procedente del monasterio jerónimo de Guisando, en la provincia de Ávila, la también *Natividad* de El Greco, obra maestra del manierismo conservada en el Santuario de Nuestra Señora de la Caridad de Illescas en la provincia de Toledo o la serie de *Adoraciones* como la pintada por Giotto, una de las obras más geniales de este autor que vive a caballo entre el gótico y el renacimiento, y se conserva en la Capella degli Scrovegni de Padua, la incompleta pero genial *Adoración de los Magos* de Leonardo da Vinci, en el templo del arte que es la Galleria degli

Uffizi de Florencia o, en la misma galería, otra *Adoración* fascinante de Botticelli así como el célebre *Tríptico* de Mantegna, donde la *Adoración de los Magos* aparece rodeada por las escenas de la Ascensión de Cristo y la Circuncisión de Jesús. Rembrandt, Rubens, Tintoretto, Caravaggio, Zurbarán y otros nombres sagrados de la pintura, como El Greco o Velázquez, con su prodigiosa y juvenil *Adoración de los Reyes Magos*, del Prado no hacen más que poner de manifiesto que las escenas de la Navidad constituyen uno de los temas preferidos de los grandes artistas.

Hacer un recorrido por las obras escultóricas alusivas a la Navidad sería temerario por mi parte, pero sí deseo resaltar las escenas de la Natividad del Señor de numerosos retablos de catedrales españolas. Vamos a fijarnos en tres obras maestras, los retablos la Catedral Vieja de Salamanca, y de las Catedrales de Sevilla y de Oviedo.

En el caso de la catedral vieja de Salamanca no hablamos en realidad de esculturas, sino de tablas, pintadas en el siglo XV, en estilo gótico internacional, por los tres hermanos italianos apellidados Delli. Nos encontramos, sin duda, ante una de las grandes obras de arte que se pueden ver en España. Hay en el retablo todo un programa iconográfico relativo a la vida de la Virgen y de Jesucristo, coronado por un soberbio Juicio Final. El retablo, compuesto por 53 tablas, nos ofrece en su primer cuerpo los momentos claves de la biografía de María, amén del

Nacimiento de Jesús, la Circuncisión, la Adoración de los Magos y la Huida a Egipto en unas tablas de altísima calidad artística, en las que el estilo gótico se ve influido por el mejor arte italiano de la época.

El retablo mayor de la catedral de Sevilla, obra maestra diseñada en 1482 por el escultor flamenco Pedro Dancart, en el que trabajaron durante decenas de años numerosos artistas españoles y extranjeros, tiene soberbias escenas de la Natividad, como el Nacimiento de Cristo, la Matanza de los Inocentes, la Circuncisión de Jesús o la Adoración de los Reyes.

Y no podíamos olvidarnos en estas breves notas de la *Sancta Ovetensis*, nuestra bien amada catedral de Oviedo. El creador y coordinador de su magnífico retablo mayor es Giralte de Bruselas, considerado el mejor diseñador de retablos de su época, que contó con artistas españoles y flamencos para llevar a cabo la obra. En la predela, lucen espléndidamente, junto a dos escenas de la vida de la Virgen, el Nacimiento de Cristo y la Adoración de los Reyes.

Y no está de más recordar a un artista asturiano del Setecientos que si bien no fue un gran pintor, sí es autor de obras entrañables, muchas de ellas referidas a la Natividad de Cristo, aunque desaparecidas en su mayor parte. Hablamos de Francisco Reiter, de quien he podido ver, recientemente en casa de un

amigo, una tabla con una hermosa e ingenua representación de la Natividad del Señor.

Me van a permitir, dada mi condición de bibliotecario de profesión que aluda, siquiera sea brevemente, a la belleza artística que esconden no pocos libros. Voy a referirme a dos categorías: los libros de horas y los incunables. Los libros de horas, que tienen sus orígenes remotos en los primeros siglos de la Baja Edad Media, y que se desarrollan con gran vigor en el norte de Francia y los Países Bajos a partir del siglo XIV y hasta bien entrado el siglo XVI, son recopilaciones de oficios y plegarias para todos los días del año y para todas las horas del día destinadas al uso de los laicos. Se trata de manuscritos en latín, aunque en el siglo XVI se hacen algunos en las llamadas lenguas vernáculas, que en ocasiones se imprimen. Lo que más nos interesa recalcar es que están adornados de bellísimas miniaturas, que en muchos casos alcanzan la excelencia artística. Solo me referiré a dos libros de horas, el de Isabel la Católica, conservado en la Biblioteca Real o Biblioteca de Palacio, escrito en una hermosa letra gótica librería y con unas excelentes miniaturas de estilo flamenco. Una de ellas representa la Natividad en el folio 93 vuelto y otra en el folio 95 vuelto, la Epifanía, en una escena digna de un cuadro, en el que el Niño, acompañado de la Virgen y San José, recibe el tributo de los tres Reyes, ante la presencia de un ángel, y con el Padre y el Espíritu Santo, presidiendo la escena desde lo alto, sin que falten la mula y el buey y otros ángeles y

personas. El otro, conservado en la Biblioteca Nacional, perteneció al emperador Carlos V y está adornado asimismo con bellas miniaturas, como la de la página 63, donde hay una hermosa escena de la Adoración de los Magos, también en un depurado estilo flamenco.

Los libros impresos en el siglo XV, llamados incunables por pertenecer a la época en que nació la imprenta, aunque no llegan a la altura artística de los libros de horas, en algunos casos también esconden interesantes escenas de la Navidad, en deliciosas, aunque a veces toscas xilografías o grabados sobre madera. Citemos un solo caso: la obra *Postilla super epistola et evangelia* de Guillelmus Parisiensis, impresa en Sevilla en 1497, donde una de sus 52 viñetas representa la Epifanía.

Hemos mencionado joyas pictóricas y escultóricas que son verdaderas obras maestras, pertenecientes a las mejores manifestaciones del arte europeo, como prólogo para hablar de los Belenes, de los Nacimientos, de los Pesebres, que de todas esas formas son conocidas estas obras de artesanía, que en ocasiones alcanzan la excelencia artística. Lo que más impresiona de la historia de los belenes es la veneración popular que de siempre han suscitado, explicable por sus orígenes y por la manera que han tenido y tienen los fieles de identificarse con esta forma de piedad.

Todos sabemos que la cuna del belenismo es Italia. Allí, San Francisco de Asís escenifica en un bosque de la villa de Greccio, en Umbría, el nacimiento de Cristo. Son por tanto los franciscanos y su orden femenina, las clarisas, fundada por Santa Clara de Asís, seguidora de San Francisco, los que expanden esta hermosa costumbre de instalar nacimientos, primero por Italia y luego por toda Europa y América. Lo hacen al principio en las iglesias y monasterios y luego en las casas de los fieles. Como dice Francisco Javier Delicado Martínez, “el *belén* en España, por influencia italiana, es introducido por las órdenes franciscana y clarisa, primeramente en Cataluña en el transcurso del siglo XV en donde se establece la costumbre de los pesebres y posteriormente se difunde por Castilla y Andalucía, popularizándose en las clausuras femeninas y alcanzando su mayor apogeo durante el siglo XVIII, difundiéndose entre la nobleza y la aristocracia, y adquiriendo una fuerte personalidad, fomentada por la Corte borbónica y la presencia de los portales napolitanos” (*El belén el arte español*).

Es en la Catedral de Sevilla donde se dio a conocer en el mundo hispánico la iconografía del belén. Como nos dice el citado Delicado Martínez, “es el figurinista sevillano Juan Martínez Montañés quien en el transcurso del siglo XVI sienta las bases de una escuela belenista en España que continuará con Luisa Roldán, La Roldana, seguirá en el Setecientos con Francisco Salzillo y culminará en etapas posteriores con la

escuela gerundense de Olot, la granadina de José Miranda, la jerezana de Ramírez Pazos o la murciana de José Nicolás Almansa y los hermanos Manuel y Juan Antonio Griñán, consolidándose en Madrid, en nuestro días, con el pródigo barrista José Luis Mayo Lebrija”, (*Ibidem*).

Si el sentido de la piedad de los franciscanos, grandes impulsores del belén, era la seña de identidad fundamental de estas escenas que recreaban el nacimiento de Jesús, el Concilio de Trento vino a hacer más patente la devoción belenista. Otra vez nos dice el citado Delicado Martínez que “la Contrarreforma desde el Concilio de Trento (1545-1563) fomentó la celebración de la Navidad en Europa y la instalación de belenes en los templos como un medio más de apostolado llegando al pueblo, animando a escultores y artesanos a construir grandes pesebres con diversos personajes, transformándose en una representación plástica del arte popular, que tendrá una amplia difusión luego por Francia, Portugal....., el Tirol austríaco, Alemania, Checoslovaquia, países de habla hispana en América y Estados Unidos” (*Ibidem*).

A la tradición española del belén o nacimiento, se incorpora con fuerza el movimiento belenista que tuvo su epicentro en el Nápoles del Seiscientos y Setecientos, y que llegó a España de la mano del rey de las Dos Sicilias, nuestro monarca Carlos III, como decíamos más atrás En efecto, los belenes napolitanos del barroco alcanzaron una dimensión desconocida hasta entonces, y

sin abandonar su sentido de piedad popular tradicional, salieron de los ámbitos monásticos e infantiles, y pasaron a ser un símbolo de distinción, de riqueza y de buen gusto de las familias napolitanas que competían entre sí para lograr el belén más bello y artístico. En ellos intervenían los más reputados arquitectos y escenógrafos, y artistas de calidad creaban figuras con barro, madera, vidrio, alambre y estopa que luego pintaban con primor y dotaban de lujosas vestimentas. Quizás el más famoso fue el del propio rey Carlos III, salido de la Real Manufactura de Porcelana de Capodimonte, que ocupaba varias estancias del palacio, y en el que destacaba la cabalgata de reyes con cerca de cien personajes que se acercaban a los 40 cm. de altura.

Inspirándose en estas creaciones napolitanas, aunque con una fuerte impronta española, no podemos olvidar el belén del escultor murciano del Setecientos, Salzillo, ya citado, que constituye una obra escultórica excepcional, de gran belleza, y que por el tamaño de sus figuras puede compararse con el citado del rey Carlos III.

Si la Navidad suscita el interés de los más grandes artistas, que producen maravillosas e inigualables obras de arte, también, y con la misma intensidad, llega a los corazones de los fieles. Es lógico que la Navidad sea uno de los misterios más determinantes del cristianismo, no en vano nos habla de la encarnación de Dios

en un hombre, Jesús, que ha venido al mundo para salvarnos de nuestros pecados. Es el comienzo de una de las grandes religiones que da sentido de trascendencia a la vida de millones de seres humanos. Estas enseñanzas, que tantos llevamos como una señal indeleble en nuestros corazones, hacen que vivamos el tiempo navideño como una época en la que se manifiestan los mejores deseos del ser humano: la paz, la solidaridad, la armonía, la caridad. Recuerdo la Navidad de mi niñez como uno de los momentos más entrañables del año. Es cierto que a ello ayudaban las vacaciones escolares, pero no es menos cierto que las reuniones familiares, los turrónes, los regalos de Reyes eran motivos de gran felicidad. Y en medio de todas las celebraciones, ocupando el lugar central, estaba el belén. Poner el nacimiento, como así decíamos, era todo un ritual. Dos días antes, o uno como mínimo, íbamos a recoger el musgo. En las piedras de las caleyas de mi pueblo, Tuernes el Pequeño, en San Cucao de Llanera, encontrábamos cuanto queríamos y lo cogíamos sin cortapisas. Entonces no era especie protegida como ahora, de manera para mí un tanto incomprensible, porque en las mismas piedras de las mismas caleyas sigo viendo el musgo de siempre. Era indispensable ponerlo a secar, lo que hacíamos extendiéndolo sobre papel de periódico, para evitar que la humedad afectase a aquellas hermosas figuritas de barro. Mis hermanas y yo, y algunos años mi prima Paz, procedíamos después, en medio de gran alborozo, a buscar el tablero adecuado, vestirlo

cuidadosamente, y discutir la colocación de las distintas figuras. Las libras de chocolate nos proporcionaban el papel de plata que representaba el río, sobre el cual se ponía un rústico, pero hermoso, puente de madera, y la arena que siempre había en casa nos permitía trazar los caminos que acababan en el portal de Belén. Piedras no faltaban, pero buscábamos la más adecuada para poner en lo alto el castillo de Herodes. Y después venía la colocación del portal, la distribución de las casas, los pastores con sus ovejas, los lugareños llevando sus viandas al portal.... en fin, todas las figuras y objetos que conformaban aquel humilde pero maravilloso Nacimiento. La felicidad era plena, como pueden imaginarse. Ese belén alegró los años de nuestra infancia, pero también los de la siguiente generación. Lo formaban pequeñas figuras de barro pintado, casas y castillos de corcho o el citado puente de madera. Tendría ahora, de no haber desaparecido, algo más de cien años. Desgraciadamente, en una de esas tormentas veraniegas que todo lo arrasan, el sótano de casa sufrió una inundación y aquel maravilloso belén quedó convertido en un amasijo de barro. Puedo decirles que me llevé un enorme disgusto, porque aquellas figuras, que recuerdo en todos sus detalles, estaban indisolublemente unidas a algunos de los momentos más felices de mi infancia.

No podía yo imaginar mi casa sin belén, así que me impuse la grata tarea de hacerme con otro. Compré primero el Misterio y el portal, escogiendo unas preciosas figuras de tamaño mayor que

el que tenían las del desaparecido nacimiento. En unos pocos años compré los Reyes Magos y sus pajes, la Anunciata, los pastores con sus rebaños, las casas, el puente, el molino, las figuras que visitan al Niño Dios, etc. El pasado año, ante el regocijo de los más pequeños de la casa, completé el belén con un suntuoso castillo de Herodes custodiado por los guardias reales. Y así se retomó una costumbre ya centenaria en mi familia, consustancial con los tiempos navideños. Me parece indispensable transmitir a las actuales generaciones el sentido de la Navidad y sus mejores tradiciones, tan unidas a nuestra cultura y a nuestra historia, que hoy compiten con la irrupción de costumbres foráneas, absolutamente respetables y que se explican por las características de la sociedad actual.

Otro recuerdo entrañable de mis primeros años era ver el nacimiento que se instalaba en la iglesia parroquial de mi pueblo, en Llanera. Me impresionaban, a mi corta edad, el tamaño de las figuras, de las casas, del portal, en contraste con las figuritas del belén de mi casa. Recuerdo que había, al margen del Niño en el portal, otra figura de Jesús de gran tamaño. Allí, con inmensa devoción y fervor, depositábamos algunas monedas, que en nuestra precaria economía infantil no pasaban, en el mejor de los casos, de una *perrona*, nombre con el que en Asturias denominábamos a la perra gorda, término coloquial usado en la mayor parte de España, que equivalía a 10 céntimos de peseta. Y digo en el mejor de los casos, porque en la década de los años

cincuenta del pasado siglo todavía había monedas de menos valor, las *perrinas*, o perras chicas, que equivalían a 5 céntimos.

Al recordar estas hermosas vivencias, me resulta chocante comprobar que una parte de la sociedad renuncia a algunas de nuestras más entrañables tradiciones como podemos ver en la importación de modas y costumbres foráneas, que bien espoleadas por intereses de variada naturaleza, se introducen sibilinamente en nuestras vidas, olvidándose de nuestras secularmente arraigadas creencias y hábitos de una indiscutible belleza. Por doquier vemos en nuestra Asturias exóticas celebraciones de la Feria de Abril de Sevilla, por no hablar de la fiesta de Halloween, importada de los Estados Unidos de América, que se ha implantado con fuerza en el mundo infantil, entre el aplauso de no pocos padres y maestros, desconocedores en su mayoría de que en nuestro país existen tradiciones con presencia de brujas, de ánimas, de calaveras hechas con calabazas, y con un acompañamiento gastronómico notable que en estos lares se centra en los *amagüestos*, donde las castañas y la sidra son los ingredientes fundamentales.

Tengo que confesar que no me resulta agradable en estas fechas entrar en locales comerciales u hosteleros y toparme con escenas en las que se invoca a Santa Claus, a quien se le piden regalos y se le hacen promesas de buena conducta para el año que empieza, en una clara transposición del papel que juegan los Reyes Magos en nuestra cultura. Y la misma sensación me

provoca ver a Papá Noel trepando por las paredes de las casas con su saco al hombro con los regalos para los niños. Todo sea dicho desde el respeto más profundo a quienes adoptan costumbres alejadas de nuestra cultura, pero explicables en un mundo sin fronteras.

Unos viejos versos del siglo XVI, de Cristóbal de Castillejo, cantan así la Navidad: “si hacemos alegría cuando nace uno de nos, ¿qué haremos cuando nace Dios?”. Pero la sociedad española, que nos ofrece los índices más bajos de natalidad desde hace muchas décadas, tal y como nos dicen las estadísticas que se hicieron públicas hace pocos días, ¿se alegra cuando “nace uno de nos”? Y menos aún, ¿se alegra “cuando nace Dios”? Nuestra Navidad ha perdido en buena medida su sentido cristiano, ha quedado reducida para muchos contemporáneos, a un mito, una leyenda, a la incapacidad para entrar en el misterio de un Dios que osa hacerse uno de nosotros. En un mundo cada vez más secularizado, precisamente la Navidad nos recuerda que Dios, a través de su Hijo, está entre nosotros.

No se puede decir algo más sublime del hombre que lo que el gran teólogo Karl Rahner nos recuerda: el hombre es la “gramática de Dios”. Por ello, cuando Dios se encarna, nuestra existencia finita recibe, en la forma más radical, validez, altura, poder, dignidad. Por eso, en Belén, podemos encontrarnos, cuando nos atrevemos a entrar en su misterio, creyentes y agnósticos, cristianos y no cristianos, porque creyendo en Dios,

creemos en el hombre, porque creyendo en el hombre, abrimos la puerta al misterio de Dios.

En Belén nos seguimos encontrando, unos y otros, creyentes y no creyentes, con la emoción entrañable, contenida y desbordante a un tiempo, de la Navidad. Aquí nos seguimos encontrando con la alegría de la Navidad que abraza a todo el planeta, la alegría más verdadera, porque es alegría del hombre, porque es alegría de todos.

Estos días escucharemos y diremos muchas veces “Feliz Navidad”. Estas dos palabras, cuando no son una pura fórmula de cortesía, condensan los buenos deseos, grandes y pequeños, que quien las pronuncia tiene hacia quien las recibe. Hay además otras palabras que adquieren un protagonismo inusitado en estas fechas: alegría, amor, amistad, bondad, cariño, encuentro, esperanza, familia, felicidad, generosidad, hospitalidad, humanidad, ilusión, paz, prosperidad, solidaridad, sonrisa, sueños... Palabras que reflejan el profundo anhelo de un mundo más justo y más pacífico y de una humanidad más hermanada, un anhelo que sin duda está presente todo el año, pero que en Navidad se enuncia sin timidez.

Y no importa tanto el concepto de Navidad que se tenga, si se vive en el marco de la fe cristiana, o no, si se pone más atención en las necesidades de quienes menos tienen, o en el consumo superfluo, si se ponen las esperanzas en la lotería o si lo

más importante es el reencuentro con los seres queridos. Al final todo el mundo, o casi todo, se siente invitado a expresar, en voz alta o con gestos, buenos deseos para sí y para los demás.

Por otro lado, las felicitaciones navideñas, son, cada vez más, felicitaciones “laicas”, como lo van siendo las propias navidades. Por eso, para muchas personas, son experiencias “laicas” las que hacen que una Navidad sea feliz: haber encontrado un trabajo, poder reunirse con los seres queridos, sentir seguridad económica; no padecer enfermedades... Del mismo modo, la ausencia de estas y otras pequeñas y grandes “felicidades” tiñe las navidades de infelicidad. Infelicidad que mucha gente sufre en forma de pobreza, de explotación laboral, de abandono, de desempleo, de soledad...

Esta felicidad e infelicidad, que podríamos llamar “laicas”, sin embargo, no son ajenas a la festividad cristiana de la Navidad. Al contrario, están íntimamente ligadas a ella, porque, en definitiva, celebrar la Navidad no es otra cosa que asumir, con todas las consecuencias, que la Palabra se hizo carne. Y la carne siente hambre y sed, frío y calor, placer y dolor, pena y alegría, miedo y confianza.

El Misterio de la Encarnación, es decir, la Palabra divina que se hace carne humana, invalida toda palabra des-encarnada y, por tanto, es una Palabra que solo puede escucharse abriendo las prisiones injustas, liberando a los oprimidos, compartiendo el pan con los hambrientos, hospedando a quienes no tienen casa,

vistiendo a los desnudos... En fin, no cerrándonos a nuestra propia carne.

Por todo esto, amamos y reivindicamos el belén, el nacimiento, porque encarna todo lo que acabamos de decir, porque condensa todo lo que la Navidad significa. Esa es la razón por lo que mostramos nuestra gratitud sin límite a las asociaciones belenistas, en particular a la gran Asociación Belenista de Oviedo, que tanto y tan bueno hace por la recuperación de nuestras mejores tradiciones navideñas.

Como dice Charles Dickens, “Feliz, feliz Navidad, la que hace que nos acordemos de las ilusiones de nuestra infancia, le recuerde al abuelo las alegrías de su juventud, y le transporte al viajero a su chimenea y a su dulce hogar”.

Oviedo, 13 de diciembre de 2018

Ramón Rodríguez Álvarez